

SAN MARTÍN EN EL PERÚ

Cuando el sentimiento patriota halló el calor de las chozas

Por: Patricia Chávez Cornejo.

La presencia del generalísimo José de San Martín en el Perú motivó una efervescencia patriótica digna de relieve en los capas más pobres de la población. En esta nota, tomando como fuentes las crónicas de varios oficiales argentinos, reseñamos las patéticas muestras de afecto que dieron los pueblos indios al Ejército Libertador.

Al zarpar de Valparaíso con destino al Perú la Escuadra Libertadora comandada por el generalísimo San Martín, se tuvo en mente efectuar el desembarco en Pisco, para desde allí iniciar el cerco de Lima. Pero en alta mar tuvo lugar un consejo de guerra que modificó ese plan inicial, señalándose la ensenada de Paracas, a tres leguas de Pisco, como punto de desembarco.

A las 6 de la tarde del 7 de setiembre de 1820, tras diecinueve días de navegación los primeros buques del convoy alcanzaban su objetivo, fondeando en la hermosa bahía. La tripulación permaneció a bordo toda aquella noche y a la mañana siguiente empezó el desembarco, tomando tierra la primera división jefaturada por el general Las Heras. No se encontró la menor resistencia, pues la guarnición realista de Pisco prefirió retirarse apresuradamente a Ica, enviando noticias del suceso a Lima.

La noche del 8 las tropas del general Las Heras ocuparon Pisco de manera pacífica, y en los días siguientes, hasta el 13, fueron concentrándose las demás divisiones en esa localidad, que San Martín escogió como sede de su primer cuartel general en el Perú. Se destacaron luego avanzadas a caballo hacia las haciendas de Caucato y Chíncha, que fueron ocupadas sin hostilidad.

La reacción del virrey Joaquín de la Pezuela no se hizo

esperar, dictando el 11 de setiembre varias disposiciones a efecto de lograr mayor seguridad para la capital. Ordenó el traslado del coronel Ricafort desde Arequipa a Lima, conduciendo dos mil hombres de la Reserva de Arequipa y Agrupación del Alto Perú; situó en Lurín una avanzada de caballería a las órdenes del brigadier O'Reilly y ordenó a la guarnición de Cañete reforzar a la de Pisco.

Ese mismo día el virrey invitó a San Martín a celebrar negociaciones; designó por sus comisionados al Conde Villar de Fuerte y al teniente de navío Dionisio Capaz, al tiempo que el jefe patriota, aceptando la propuesta, nombraba como sus embajadores a Tomás Guido y García del Río. Se escogió el barrio de Miraflores para celebrar la conferencia, acordándose un armisticio el 26 de setiembre.

Estando en curso las negociaciones, el 21 de octubre de 1820, por orden del generalísimo José de San Martín, la división patriota del general Arenales emprendió la ruta a la sierra, por Huancavelica, cuyo gobernador realista, el brigadier N. Montenegro, huyó camino de Tarma llevándose los recursos fiscales y acompañado de considerable fuerza armada.

Los soldados del Ejército Libertador hicieron el camino de los Andes con grande sacrificio, pero todo esfuerzo halló recompensa al ser recibidos con mucho afecto por los pueblos del tránsito, habitados por comuneros indios.

José Segundo Roca, subteniente de banderas del batallón No.11, dejaría valioso testimonio de aquella jornada, escribiendo estas emotivas líneas:

"En honor de la justicia y del patriotismo de los habitantes de esta ruta -dijo-, me es satisfactorio declarar que los indios, las indias y todos los habitantes, venían a

ofrecer espontáneamente, sus vaquitas, ovejas, papas, queso y cuanto tenían para manutención de nuestros soldados; y hay que advertir que algunas de estas ofrendas y demostraciones, las traían auestas los habitantes de muy largas distancias, saludando a nuestros soldados con las palabras de patrianos o patriarcas, que sin duda creían sinónimos de patriotas; y cuando nos acercábamos a grandes pueblos situados en eminencias elevadas que no era fácil llegar a nuestro camino, se contentaban con saludarnos al paso desde la cumbre de sus elevados cerros, con sus canciones tradicionales en quechua, cantadas en coro por centenares de voces al son de sus flautas y tamboriles, que eran contestados de nuestra parte batiendo al aire nuestros pañuelos; estas demostraciones de los peruanos, que conocidamente eran producidas por la sinceridad de un sentimiento patriótico, entusiasmaban el ánimo de nuestros soldados, demostrándoles la grandeza del pensamiento de su general".

De Huancavelica, la división Arenales prosiguió a Huamanga, ciudad en la que se proclamó la independencia en noviembre de aquel año. Tras ello, esta hueste sanmartiniana incursionó en la intendencia de Tarma, encontrando allí también el cálido apoyo de las poblaciones indias.

Un piquete de "Granaderos", que marchó guiado por indios patriotas entre los que figuró un alcalde nativo o varayoc, tomó el control del puente de Mayocc en la madrugada del 11 de noviembre, capturando por sorpresa a los realistas que lo custodiaban.

De esta manera todo quedó expedito para que el ejército patriota incursionase en el valle del Mantaro. El día 12 toda la

división cruzó el puente, acampando a una legua del río, donde Arenales recibió correos del general San Martín poniéndolo al tanto de las operaciones que se desarrollaban cerca de Lima.

Continuando la marcha, el día 16 los patriotas entraron en el pueblo de Pampas, cuya guarnición realista había fugado. Arenales movilizó un piquete en persecución y el 20 de noviembre se produjo el encuentro, en las cercanías de Jauja, con victoria para los patriotas que tomaron del enemigo dos cañones, varias cajas de municiones y algunos prisioneros, entre ellos el teniente Pedro Bermúdez, que decidió entonces cambiar de bando. Este oficial llegaría a ser con el tiempo presidente de la república del Perú.

Esa vanguardia regresó a Jauja el 21, reuniéndose con el resto de la división. Arenales organizó allí una columna ligera y la puso al mando del comandante Rojas, con la misión de ocupar Tarma.

La guarnición realista de esa ciudad fue sorprendida el día 23, cayendo prisioneros todos sus integrantes, al igual que los restos de la división realista que venía huyendo desde Huancavelica al mando del brigadier Montenegro.

Sin enemigo a la vista, el día 26 la división sanmartiniana entró en Tarma, siendo recibida por Francisco de Paula Otero, un patriota argentino que había realizado valiosa tarea proselitista en la región. Y todo se dispuso entonces para jurar la independencia de los pueblos del Mantaro.

En los periódicos de aquellos días y durante algún tiempo después, fue común que 1820 se considerara **Año I de la Independencia**, en razón a que poco después del desembarco del Ejército Libertador en la costa sur empezaron a librarse sucesivamente varias provincias, proclamándose en ellas la independencia.

Así, el 28 de noviembre de 1820 tuvo lugar la jura de la

independencia en Tarma, ocupada por las fuerzas patriotas de la división Arenales. Francisco de Paula Otero, el patriota argentino allí residente, fue nombrado gobernador intendente de los pueblos de Tarma, Jauja, Concepción y Huancayo, otorgándole Arenales el grado de coronel y encargándole la organización militar de la región, tanto para apoyar a los patriotas de Ica cuanto para proteger su retaguardia, pues él proseguiría por Pasco la marcha hacia Lima.

Las siguientes hornadas sirvieron para que los expedicionarios patriotas comprobaran la efervescencia que su presencia provocó en las poblaciones nativas, lo que por sus peculiares características impresionó a varios oficiales argentinos, quienes redactaron sus impresiones cargadas de honda emotividad.

"Interrumpían nuestra marcha -escribió uno de ellos- grandes masas de hombres y mujeres, con banderas, arcos triunfales improvisados de ramas verdes y flores, danzas que bailaban a su modo y canciones que entonaban con tamboriles y flautas, obsequiando con cántaros de chicha, flores, licores, dulces y cuanto tenían de más agradable, vitoreando a sus libertadores. Todo les fue admitido con efusiones de aprecio y agradecimiento, menos los licores.

Pero nada fue tan encantador como unas danzarinas que en uno de esos pueblos salieron a nuestro encuentro, compuestas de las más bonitas y graciosas doncellas, figurando las Pallas del Inca. Su porte modesto, su gracioso candor, pero sobre todo, el modo de expresar por medio del llanto sus íntimas emociones de placer o de dolor, eran demostradas con la sencillez y la naturalidad de su peculiar carácter.

Pocas veces he presenciado una escena más conmovedora -concluiría el cronista-, pero nuestros soldados, henchidos de satisfacción y de ternura, sin interrumpir su marcha les manifestaba su gratitud y su entusiasmo, repitiéndoles que se habían resuelto a sacrificar la vida por venir a libertarlos de la esclavitud y la opresión".

Por desgracia, aquellos ideales de los afrancesados argentinos, serían luego traicionados por quienes usufructuaron en interés propio los sacrificios de la campaña libertadora.